

## “¿QUÉ VOY A HACER DE MÍ?”: CARTA INESPERADA AL FILÓSOFO XAVIER ZUBIRI

**ENRIQUE BONETE PERALES**

Doctor en Filosofía  
Catedrático  
Facultad de Filosofía  
Universidad de Salamanca  
Salamanca / España  
enbonete@usal.es

Recibido: 05/04/2013

Aceptado: 16/09/2013

*Resumen:* Este artículo presenta un relato autobiográfico. El autor explica al filósofo Xavier Zubiri, a través de una carta, cómo se introdujo en su densa obra y el papel que jugó en ello el profesor Antonio Pintor-Ramos. Confiesa haber sido un asiduo lector de los escritos del pensador dedicados a Dios, a las religiones y a Jesucristo. Se trata de una sincera reflexión en torno a la influencia de tales textos teológicos en el corazón de un inquieto y silencioso estudioso de su filosofía. Esta “inesperada” carta agradece al filósofo Zubiri la luz intelectual y cristiana recibida de sus lúcidas páginas.

*Palabras clave:* Jesucristo, ateísmo, cristianismo, Dios, religación, religión.

“WHAT AM I GOING TO DO ABOUT MYSELF?”: A UNEXPECTED LETTER TO XAVIER ZUBIRI, PHILOSOPHER

*Abstract:* This article presents an autobiographical story. The author explains to Xavier Zubiri, by means of a letter, how he immersed himself in the philosopher’s deep work and the role that the professor Antonio Pintor-Ramos played in this task. He acknowledges being a devoted reader of the thinker’s writings about God, religions and Jesus Christ. The article is a sincere reflection on the influence these theological texts had on a curious and silent scholar of his philosophy. With this “unexpected” letter the author expresses his gratitude to the philosopher Zubiri for the intellectual and Christian light that his lucid pages have shed.

*Keywords:* Jesus Christ, atheism, christianity, God, religation, religion.

Estimado Sr. D. Xavier Zubiri:

En primer lugar, permítame que me presente. Me llamo Enrique Bonete Perales. Nací en Valencia a finales de 1959. Estoy casado con una salmantina, de nombre Clara. Tengo cuatro hijos. Actualmente soy catedrático de Filosofía Moral en la Universidad de Salamanca. Estudié la carrera de filosofía en la Universidad Pontificia de esa misma ciudad. Tras pasar cinco años por la enseñanza secundaria, y dos en el CSIC como becario postdoctoral, imparto desde comienzos del año 1989 las materias de Ética y Filosofía Política en la mencionada universidad pública.

A pesar de iniciales y múltiples reparos, he considerado del todo oportuno relatarle algunos acontecimientos personales que fueron encaminando poco a poco mis pasos hacia su obra filosófica. Le confesaré que durante años he ido leyendo y rumiando en mi interior la mayoría de sus escritos con tanta pasión como reverencia. Cuando a mis manos iban llegando desde la época de estudiante, en concreto desde 1980, hasta hoy que le remito este texto, me he sumergido en ellos con disciplina espartana, por puro afán de gozar con originales reflexiones, sin propósito de publicar trabajo académico alguno, dejándome llevar de la mano de su contundente prosa hacia líneas argumentativas escasamente transitadas.

El contexto desde el que me dirijo a usted a través de este socorrido recurso literario –el epistolar– no es otro que el homenaje al profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia, Antonio Pintor-Ramos, recientemente jubilado. Quisiera hacerle partícipe del relevante protagonismo que en mi actividad profesional ha desempeñado tan estimado docente, que bien conoce, y por quien mantengo yo alta estima intelectual. Él fue el principal impulsor de mi interés por leer y meditar algunos de sus más significativos escritos. Por ello le voy a narrar con brevedad una anécdota que, supongo, será de su agrado.

Cuando el profesor Antonio Pintor publicó *Historia de la filosofía contemporánea*<sup>1</sup>, que devoré durante varias tardes, estuve tentado de remitirle una sincera carta de agradecimiento por el volumen. Venía a ser para mí una especie de eco de las inolvidables clases que le escuché en mi época de estudiante. Las impartía con suma precisión y claridad, siempre de pie, ante folios que jamás leía, ni siquiera de reojo para consultar, como sería justificable, alguna que otra frase. Redacté la carta y la archivé en mi ordenador. No me atreví a enviarla. El tiempo fue pasando. ¿Y qué hice con aquella tímida epístola? Aproveché una oportunidad que, seis años después, se me brindó de presentar en público uno de sus últimos libros, *Rousseau. De la naturaleza hacia la historia*, para proclamar

1 Antonio PINTOR-RAMOS, *Historia de la filosofía contemporánea*, Madrid, B.A.C., 2002.

ante los asistentes varios fragmentos de la archivada misiva<sup>2</sup>. El profesor Pintor se quedó un tanto “anonadado”, casi mudo, según confesión suya, ante las palabras pronunciadas por uno de sus antiguos alumnos, que tan calladamente le admiraba desde las primeras clases. Discúlpeme, señor Zubiri, pero no puedo resistir la tentación de extraer un fragmento de aquella carta, con el propósito de que pueda hacerse una idea de lo que significaron para la mayoría de mis compañeros las lecciones de Filosofía Moderna y Contemporánea impartidas por nuestro profesor. Contaba yo entonces unos 19 ó 20 años. Ignoraba todavía hacia qué meta dirigir mis pasos por el camino de la vida. He aquí un párrafo:

Para un ignorante como yo, pero inquieto, escuchar clases tan claras –con lenguaje impecablemente estructurado–, y comentarios críticos lanzados por aquí y por allá sobre los límites y lo “problemático” de cada propuesta filosófica, constituía una de las experiencias intelectuales más vívidas de mis estudios en esta casa. Me abriste un amplio horizonte. Llegaste a ser –sin pretenderlo– un fuerte impulso para seguir mi vocación docente. Fuiste para mí (y para muchos compañeros) el mejor expositor y crítico de filósofos que en esta Facultad tuve el privilegio de escuchar durante dos cursos [...]. A pesar de las tres décadas transcurridas, sigo pensando que fuiste una “pieza clave” en mi vocación intelectual. Lo que ahora soy y hago en la Universidad de Salamanca, Antonio, en gran parte es gracias a tus clases. Dada la velocidad con la que los años pasan, y la incertidumbre de nuestra hora final, necesitaba reconocerlo ya en voz alta y sin más demora, aunque sea a través de una extraña epístola, tan privada como pública<sup>3</sup>.

Al poco de llegar a la Pontificia de Salamanca, dentro de aulas abrazadas por gruesos muros, me encontré con profesores de diversos estilos y modos de enseñar. Uno de ellos resultaba un tanto pintoresco: cuerpo redondeado, pelo blanco y perilla graciosa, como de otro siglo, entusiasta de la filosofía antigua, no paraba de moverse por el aula sin consultar libro alguno, esquematizando en la pizarra, con ilegibles verbos, las ideas principales de los clásicos. Su nombre inolvidable para mí: Enrique Rivera de Ventosa. Un buen hombre, franciscano-capuchino, feliz de enseñar y hablar sin parar de todo lo divino y lo humano, aunque ninguna relación guardara con el filósofo o problema que estuviera presentando. La pasión de sus gestos y la movilidad de su cuerpo entero nos transmitían gráficamente que algo serio teníamos que asimilar la veintena de jovencuelos, tan callados como sonrientes, que no dejábamos de seguir con nuestros ojos, cigarrillo en mano (por entonces era permitido, y casi recomendable, fumar en las aulas), su

2 Enrique BONETE, “Carta abierta al profesor Antonio Pintor-Ramos sobre el libro *Rousseau. De la naturaleza hacia la historia* (Publicaciones de la Universidad Pontificia, Salamanca, 2007)”, *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, n° XXXVI (2009), 565-573.

3 BONETE, Enrique, *op. cit.*, 565 y 566.

deambular infatigable por el estrado. Pues bien, este profesor, a quien todos apreciábamos por su candidez e ingenuidad, solía concluir sus acaloradas clases con esta machacona y expresiva sentencia, extraída de *Naturaleza, Historia, Dios*: “Como pueden comprobar ustedes una vez más, mis queridos alumnos, Zubiri tiene razón: *no es que los griegos sean nuestros clásicos: es que, en cierto modo, los griegos somos nosotros*”<sup>4</sup>. Y así, de este modo, su ya célebre apellido fue penetrando poco a poco en mi mente como una especie de oráculo que proclamaba cada día dónde se encuentra el verdadero y genuino modo de filosofar.

Un segundo momento en el que me encontré de lleno con su obra filosófica fue cuando el Rectorado de la Pontificia le encargó al catedrático Pintor-Ramos la lección inaugural del curso 1979-1980. Versó, justamente, sobre su obra filosófica. El título era *Génesis y formación de la filosofía de Zubiri*. Pocos años después se publicó la lección, con importantes ampliaciones y modificaciones<sup>5</sup>. Recuerdo que durante aquella solemne sesión académica presté la máxima atención de que fui capaz. Contaba yo 20 años. A pesar de lo poco que pude comprender, saqué la conclusión de que estaba escuchando sugerentes reflexiones en torno a la obra de quien parecía ser, a tenor del conferenciante, un gran filósofo, el más original y creador de nuestra cultura hispana, no exento de aridez y densa conceptualización. La perspectiva del profesor Pintor-Ramos era la de un historiador de la filosofía. Se proponía como tarea principal contextualizar su aportación a la metafísica. Quizá lo más relevante de lo que emprendió mi profesor fue desvelar cuál era, señor Zubiri, su personal postura, más o menos expresa, ante el pasado filosófico, o, al menos, ante algunos de sus máximos representantes, que por muy lejanos en el tiempo que hayan pensado, se habían convertido para usted en totalmente actuales, vigentes, al entablar un diálogo vivo y fecundo con las tesis metafísicas más significativas que defendieron siglos atrás. Con esta lección académica el catedrático de Historia de la Filosofía fue capaz de mostrarnos a los numerosos profesores y alumnos allí presentes los diversos momentos de su fecunda trayectoria filosófica, los hitos principales por los que ha transcurrido su largo itinerario intelectual de cuatro décadas, hasta llegar a *Sobre la esencia*, impresa en 1962<sup>6</sup>, cuando ya era usted, habiendo nacido en 1898, sexagenario. No quisiera avanzar sin citar las conmovedoras palabras con las que mi profesor concluía su lección magistral:

4 Xavier ZUBIRI, *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, Editora Nacional, 1978 (7ª edición), p. 312.

5 Antonio PINTOR-RAMOS, *Génesis y formación de la filosofía de Zubiri*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1983 (2ª edición).

6 Xavier ZUBIRI, *Sobre la esencia*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1962 (5ª edición en Madrid, Alianza, 1985).

La filosofía es una dama distante y reservada que no tolera semejantes impaciencias y esquivo sus favores a quien no esté dispuesto a derrochar en su conquista trabajos, sudores, preocupaciones sin cuento y constancia a toda prueba. El verdadero filósofo sabe que la cosecha final compensa crecidamente de todo y la esperanza de esa cosecha entrevista, aun cuando luego se malogre, es suficiente para ir dando sentido a todos los desvelos de cada día<sup>7</sup>.

Fue a partir de aquella sesión académica cuando decidí consagrar mis ratos libres que la carrera me permitía (numerosos, ciertamente, pues era yo poco amigo de estudiar las asignaturas oficiales antes de que el examen final fuera ya inminente) a leer con cierta constancia *Naturaleza, Historia, Dios*. Algunos capítulos me resultaron incomprensibles, especialmente los consagrados a cuestiones científicas, a la física, de la que era yo uno de los máximos ignorantes que podía hallarse en Salamanca y alrededores. Sin embargo, los referidos a la filosofía griega y, sobre todo, al problema de Dios, me entusiasmaron. No tenía entonces dinero para comprar sus dos libros, ya publicados, algo caros para mis vacíos bolsillos. A duras penas me era posible comer y pagar el alquiler del piso. Numerosas tardes las consagré en la silenciosa biblioteca de la Pontificia (en la última planta del claustro barroco; ahora se halla en la primera, con mejores instalaciones) a la lectura de *Naturaleza, Historia, Dios*, resistiendo continuamente la tentación de subrayar sus páginas con lápiz, por no violentar una propiedad pública. Breves notas y algunos párrafos geniales, al menos para mí, copiaba con ahínco en un cuaderno. Fragmentos enteros asimilé como pude y discutí con mis compañeros de piso, estudiantes de Derecho, demasiado pragmáticos, escasamente sensibles a la especulación filosófica y teológica. No compartían, claro, mi devoción por sus ideas, señor Zubiri. Incluso rechazaban de plano la tesis que a mí más me atraía: el vínculo del ateísmo con la “soberbia de la vida”. He aquí lo primero transcrito en mi juvenil cuaderno de notas, el mismo día que empecé a leer su gran obra en la biblioteca; una sincera invitación a continuar el estudio sin desánimo, sin desfallecer:

Si hay todavía algún principiante que pasee su mirada sobre estas líneas fragmentarias, llenas de repeticiones, recuerde que la filosofía es perpetua inquisición... Piense que tras el penoso bracear de la inteligencia, en grado vario –desde el más sencillo aprendiz hasta el más genial pensador–, se oculta siempre una singular fruición, que, fiel a mi oficio, he procurado despertar en el ánimo de quienes me han pedido ayuda... Ciertamente, un goce no exento de decaimiento. El mismo Platón hizo exclamar a Sócrates: “Quedé desfallecido escudriñando la realidad” (Phaid, 99, d). Pero si el hombre logra superarse, verá sobreabundantemente compensado su esfuerzo. Porque no se trata de un goce vacío, sino lleno de la plenitud del ser de lo

7 PINTOR-RAMOS, Antonio, *op. cit.*, pp. 120-121.

real... Dios es feliz porque posee la plenitud de la vida, fundada en la plenitud transparente del ser, en la plenitud de la verdad. Nosotros, hombres, rastreamos de lejos esta felicidad, henchidos de "philia"; somos "filo-sofos", amigos del saber de lo más real de la realidad, de un saber que nos permite ser lo más real de nosotros mismos<sup>8</sup>.

Inquieto por cuestiones teológicas, joven católico, devoraba yo las páginas de su genial obra como quien busca en ellas no sólo respaldo intelectual a una todavía endeble vocación filosófica, sino igualmente una especie de sólida apoyatura argumentativa en favor de la existencia de Dios, problema éste para mí más que teórico, existencial, de vida o muerte, tremendo, inaplazable, definitivo. Necesitaba entonces pensar y creer en Dios, como quien anhela agua en un desierto, comida tras largo ayuno. Sería difícil explicarle ahora hasta qué grado sus iluminadoras frases penetraban en mi mente y corazón, y allí arriba, en aquella biblioteca, casi monacal, releía, a veces en voz alta, cuando nadie cerca de mí se hallaba, inspiradas palabras que eliminaban cualquier deseo de negar la realidad de Dios:

La existencia que se siente desligada es una existencia atea, una existencia que no ha llegado al fondo de sí misma. La posibilidad del ateísmo es la posibilidad de sentirse desligado. Y lo que hace posible sentirse desligado es la "suficiencia" de la persona para hacerse a sí mismo oriunda del éxito de sus fuerzas para vivir. El éxito de la vida es el gran creador del ateísmo. La confianza radical, la entrega a sus propias fuerzas para ser y la desligación de todo, son un mismo fenómeno. Sólo un espíritu superior puede conservarse religado en medio del complicado éxito de sus fuerzas para ser...

La posibilidad más próxima a la persona, en cuanto tal, es la soberbia. En ella el éxito de la vida oculta su propio fundamento, y el hombre se desliga de todo, implantándose en sí mismo. Parodiando a Heráclito, pudiera decirse que Dios gusta esconderse. Y ya la Sagrada Escritura nos recuerda que Dios resiste a los soberbios.

De aquí resulta que la forma fundamental del ateísmo es la rebeldía de la vida. ¿Puede llamarse a esto verdadero ateísmo? Lo es, en cierto modo, en el sentido que acabo de indicar. Pero, en el fondo, tal vez no lo sea. Es más bien la divinización o el endiosamiento de la vida. En realidad, más que negar a Dios, el soberbio afirma que él es Dios, que se basta totalmente a sí mismo. Pero, entonces, no se trata propiamente de negar a Dios, sino de ponerse de acuerdo sobre quién es el que es Dios<sup>9</sup>.

Varios cursos antes, recién llegado a Salamanca a mis 17 años, la voraz lectura de diversos escritos de Unamuno –especialmente *Del sentimiento trágico de la vida*– me impactó hasta el punto de aflorar en mi corazón una extraña obsesión por la muerte. Tras mi mediocre tesina al final de la carrera, *El hombre y la muerte desde el integracionismo de J. Ferrater Mora* (que dirigió, por cierto, el

8 Xavier ZUBIRI, *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, Editora Nacional, 1978, p. XI (Prólogo).

9 ZUBIRI, Xavier, *op. cit.*, p. 392.

profesor Pintor), he dedicado varios centenares de páginas a esta cuestión desde un punto de vista ético<sup>10</sup>, inspirándome en ocasiones en su propia perspectiva desarrollada al final de la voluminosa recopilación de cursos bajo el título *Sobre el hombre*<sup>11</sup>. Aquel célebre Rector de la universidad salmantina también suscitó en mi frágil mente una persistente duda, no del todo corrosiva, pero amenazante, en torno a la existencia de Dios y la posibilidad de otra vida allende la muerte. Unamuno me atrapó durante meses (y años). No obstante, he de informarle, señor Zubiri, que el modo como planteó usted el problema de Dios en su primer libro constituyó para mí el armazón filosófico más potente que encontré entonces para fortalecer la enclenque fe cristiana que, tras la típica crisis de la adolescencia, buscaba yo revitalizar poco a poco en mi interior, con un grupo de amigos, en una céntrica parroquia de Salamanca. Cuando alguna duda unamuniana afloraba en mi cerebro por cualquier circunstancia vital, rápidamente recurría yo, como estrategia eficaz, a las originales afirmaciones desarrolladas en su trabajo “En torno al problema de Dios”, tan bellamente expuestas en el, para mí, inolvidable libro<sup>12</sup>.

La lamentable situación económica de mi familia, que se alimentaba del paupérrimo salario que recibía mi padre en una fábrica textil levantina, me obligó a preparar alocadamente, mientras estudiaba quinto de carrera, las oposiciones a agregados de filosofía en el bachillerato. Empecé a repasar mis lecturas de los pensadores españoles para preparar algunos temas. No sé quién me aconsejó estudiar a fondo su obra *Cinco lecciones de Filosofía*<sup>13</sup>, que compré el último curso, a comienzos de 1981. Aún la conservo en mi particular biblioteca, totalmente subrayada, manoseada, ennegrecida por el uso. Pero esta decisión fue

10 Enrique BONETE, *Éticas en esbozo. De política, felicidad y muerte*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2003 (caps. VI y VII); *¿Libres para morir? En torno a la Tánato-ética*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2004; *Repensar el fin de la vida. Sentido ético del morir*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, 2007; *Ética de la dependencia*, Madrid, Tecnos, 2009 (tercera parte).

11 De modo especial, el problema de la muerte es tratado en la parte final de *Sobre el hombre*, Madrid, Alianza, 1986, pp. 657-671.

12 Xavier ZUBIRI, *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, Editora Nacional, 1978, pp. 361-397. Un completísimo estudio en torno al modo en que Zubiri enfoca el problema de Dios a lo largo de su extensa bibliografía: José Luis CABRIA ORTEGA, *Relación Teología-Filosofía en el pensamiento de Xavier Zubiri*, Roma, Editrice Pontificia Università Gregoriana, 1997. Del mismo autor: “La fundamentalidad del Dios accesible: El teísmo filosófico de Xavier Zubiri”, en: José Luis CABRIA ORTEGA y Juana SANCHEZ-GEY, *Dios en el pensamiento hispano del siglo XX*, Salamanca, Sígueme, 2002, pp. 123-173. Otros enfoques destacables del problema religioso y teológico en la obra del filósofo vasco: Andrés TORRES QUEIRUGA, *Filosofía de la Religión de Xavier Zubiri*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2005; Antonio PINTOR-RAMOS, “Religación y ‘prueba’ de Dios en Zubiri”, *Revista Española de Teología*, 48 (1988) 133-148; Antonio PINTOR-RAMOS, “Zubiri: una filosofía de la religión cristiana”, *Salmanticensis* 42 (1995) 369-399.

13 Xavier ZUBIRI, *Cinco lecciones de Filosofía*, Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1970 (segunda edición) (*Cinco lecciones de Filosofía. Con un nuevo curso inédito*, Madrid, Alianza, 2009).



algo así como providencial. Le explico. En el primer ejercicio de las oposiciones salieron tres temas al azar, y los candidatos teníamos que elegir uno de ellos. Recuerdo bien todavía dos: “El ateísmo” y “La experiencia filosófica”. El otro era de Psicología. Sólo contaba yo con conocimientos extensos del primero. Del segundo mantenía en mente el esquema de sus lecciones que acabo de mencionar. Pues bien, rechazando la casi irresistible tentación de escribir sobre el ateísmo, me lancé a explicar del modo más claro del que fui capaz una síntesis de su texto. Después me entretuve con las diversas concepciones de la filosofía explicitadas en algunas obras de Unamuno, Ortega, Marías, Ferrater... Pude superar con éxito las oposiciones, gracias a una especie de “milagro”. Ya sé que usted no concedía gran valor a aquellas lecciones; las consideraba mera exposición y descripción de las concepciones de la filosofía que ejercitaron clásicos tan dispares como Aristóteles, Kant, Comte, Bergson, Husserl, Dilthey y Heidegger. Su propósito no era valorarlas, ni presentar su particular perspectiva, sino ofrecer algo útil, en términos docentes, al lector. Desde luego, lo consiguió y con creces. Los folios sobre “La experiencia filosófica” empezaron indicando, con mis propias palabras, algo similar a lo que usted mismo afirma nada más comenzar:

Desearía tan sólo que al cabo de estas cinco lecciones tuviéramos todos –y yo el primero– la impresión suscitada por el choque de estas concepciones tan diversas de la filosofía. Una impresión que le deja a uno preguntándose a sí mismo: ¿Será posible que a cosas tan distintas se llame así, sin más, “filosofía”? Es el único resultado que quiero obtener: que al cabo de la quinta lección tengan ustedes en su cabeza el mismo problema que tengo yo en la mía<sup>14</sup>.

A la luz de los extensos y densos volúmenes de los cursos inéditos que hemos ido contemplando año tras año, sorprende todavía hoy hasta qué grado iba usted, en solitario, sin ruido mediático, piedra a piedra, como paciente arquitecto, construyendo una imponente catedral filosófica, muy particular, original, con lenguaje propio, preciso, creativo. Por mi parte, seducido por las cuidadas ediciones, iba comprándolos fielmente, y leyendo casi siempre en su integridad, aunque en ocasiones sólo los capítulos cuya temática me atraía. Por motivos académicos (para escribir un estudio sobre la ética española<sup>15</sup>) el que, seguramente, más he estudiado de entre sus libros ha sido *Sobre el hombre* (1986), donde se encuentra el curso “El hombre, realidad moral” (capítulo VII), exposición minuciosa de las implicaciones éticas de sus reflexiones antropológicas. Paralelamente, he ido

14 ZUBIRI, Xavier, *op. cit.*, p. 11.

15 Enrique BONETE, “La ética en la filosofía española del siglo XX: Unamuno, Ortega, Zubiri, Aranguren, Ferrater”, en Victoria CAMPS, *Historia de la Ética. Volumen 3: La ética contemporánea*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 386-440.



prestando no poca atención a los ponderados análisis de su metafísica y concepción de la filosofía, y a las bien argumentadas críticas trazadas en los libros de quien considero uno de los mejores conocedores de su magna obra: me refiero, ya lo imagina, al profesor homenajeado<sup>16</sup>.

No obstante, los libros suyos que más me han apasionado, y he vuelto sobre sus páginas en diversas ocasiones, son aquellos en los que reflexiona sobre Dios, las religiones y el Cristianismo. He ido leyendo lo afirmado en torno a Jesucristo en *El problema filosófico de la historia de las religiones* y en *El problema teologal del hombre: Cristianismo* con afán de meditar, casi a modo de oración, lo que significa la persona concreta que fue –y es– Jesús de Nazaret en tanto que encarnación y revelación de Dios en la historia, presencia real de la verdad. Sus páginas sobre el significado de la resurrección de Cristo –y de la Eucaristía– llegan a ser confortantes para el espíritu del creyente. Confieso que, a veces, al bucear de nuevo en los apartados que tengo bien marcados, experimento cierta emoción, apoyo profundo a la fe cristiana que desde la época de estudiante ha ido creciendo gradualmente en mi interior. Largas tardes o fines de semana, “solo conmigo mismo” –como gusta usted decir–, inmerso en la quietud de mi estudio, he releído las que considero sus mejores páginas sobre diversos aspectos del Cristianismo. Me hacen pensar y creer en serio lo que de modo bien argumentado, con alto soporte bíblico y precisión conceptual, asevera respecto de Cristo, el Hijo de Dios vivo, la Verdad encarnada en la historia. He aquí dos inspirados textos:

Hemos dicho que Cristo predica el Dios Padre de todos los hombres, la misericordia, las Bienaventuranzas como carta de pertenencia al Reino de los Cielos, etc. Y uno piensa inmediatamente que ésa es la verdad. Esto no es poco, pero no es lo esencial y lo crucial. Porque lo esencial y lo crucial no es que Cristo haya predicado una verdad divina. Esto es otra historia. Aquí no funciona únicamente como profeta y predicador, sino funciona como realidad físicamente existente sobre la Tierra. Él es el mismo Dios... Cristo no solamente es el predicador de Dios, sino que es Dios mismo conduciendo a los hombres a la realidad más profunda de Dios [...]. Precisamente porque Cristo no solamente predica la verdad, sino que es personalmente la verdad, el Cristianismo no dará nunca testimonio de la verdad frente a las demás religiones solamente con lo que dice, sino además con lo que es. Es una presencialidad histórica de la verdad<sup>17</sup>.

16 Antonio PINTOR-RAMOS *Realidad y sentido. Desde una inspiración zubiriana*, Salamanca, Publicaciones Universidad Pontificia, 1993; *Realidad y verdad. Las bases de la filosofía de Zubiri*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1994; *La filosofía de Zubiri y su género literario*, Madrid, Fundación Xavier Zubiri, 1995; *Zubiri (1898-1983)*, Madrid, Ediciones Orto, 1996; *Nudos en la filosofía de Zubiri*, Salamanca, Universidad Pontificia, 2006.

17 Xavier ZUBIRI, *El problema filosófico de la historia de las religiones*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 329 y 343.

En primer lugar, lo importante y esencial en la resurrección de Cristo no es decir que estuvo muerto, sino que *está vivo*. Este es el tema esencial: Cristo vivo, después de la fecha del sábado santo. En segundo lugar: no es que *está vivo* así como estuvo Lázaro por las calles de Jerusalén. No; es que *está vivo para siempre*. El poder del pecado y de la muerte no tendrá ya acceso sobre Cristo. Es una vida distinta. Y, en tercer lugar, ese Cristo que *está vivo* es una *vida en plenitud de poder* y no, simplemente, sometida a las contingencias históricas de la humanidad y del poder del pecado<sup>18</sup>.

Gracias a reflexiones de este tenor, me he sentido como en camino hacia un nuevo mundo espiritual, atraído por el encuentro con la realidad personal, *última, posibilante, impelente*, que es Dios para cada hombre, lo sepa o lo ignore. No creo exagerar si afirmo que es usted uno de los filósofos del siglo XX que más ha pensado sobre el problema de Dios y el significado de Jesucristo hoy desde una perspectiva tan bíblica y teológica como estrictamente metafísica. Lo cual ofrece mayor grandeza intelectual a la fe que usted, señor Zubiri, profesó durante su larga vida, y en la que yo deseo perseverar, a pesar de debilidades y dudas, hasta el final de mis días.

Una de sus obras que más estimo es *El hombre y Dios*<sup>19</sup> (editada por quien era el más brillante de sus discípulos, el filósofo y teólogo Ignacio Ellacuría, asesinado en 1989 por militares en El Salvador). La primera parte, que versa sobre la realidad humana, constituye una excelente síntesis de su concepción de la persona, del hombre<sup>20</sup>. En ocasiones he explicado a mis alumnos los aspectos éticos derivados de su antropología filosófica<sup>21</sup>. Y de la segunda parte, ¡qué le puedo decir! He releído varias veces, como quien busca roca firme a la que agarrarse cuando vendavales de todo tipo, en medio del océano de la vida, amenazan hundir mi yo, mi identidad cristiana. Muy agradecido estoy por ello. Si le soy sincero, nunca me interesó el problema de Dios como una cuestión especulativa, abstracta, puramente filosófica, sino de modo existencial, vital. Usted mismo afirma en diversos lugares de su obra: “El hombre no tiene el problema de Dios, sino que la

18 Xavier ZUBIRI, *El problema teológico del hombre: Cristianismo*, Madrid, Alianza, 1997, p. 330.

19 Xavier ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Madrid, Alianza, 1984.

20 Algunos de los cursos antropológicos complementarios a *Sobre el hombre*: Xavier ZUBIRI, *Sobre el sentimiento y la volición*, Madrid, Alianza, 1992 (especialmente la primera parte, dedicada a la voluntad y la libertad); *El hombre y la verdad*, Madrid, Alianza, 1999; *El hombre: lo real y lo irreal*, Alianza, Madrid, 2005; *Tres dimensiones del ser humano: individual, social, histórica*, Madrid, Alianza, 2006.

21 Sobre este particular: José Luis ARANGUREN, *Ética*, Madrid, Revista de Occidente, 1958. Para la influencia de la antropología de Zubiri en este discípulo, catedrático de Ética en la Universidad de Madrid, puede consultarse: Enrique BONETE, *Aranguren: la ética entre la religión y la política*, Madrid, Tecnos, 1989, especialmente los capítulos I y III.

constitución de su Yo es formalmente el problema de Dios. El problema de Dios no es pues un problema teórico sino personal”<sup>22</sup>. Y unos cuarenta años antes ya escribió: “La cuestión acerca de Dios se retrotrae así a una cuestión acerca del hombre. Y la posibilidad filosófica del problema de Dios consistirá en descubrir la dimensión humana dentro de la cual la cuestión *ha* de plantearse, mejor dicho, *está ya planteada*”<sup>23</sup>.

Ahora comprenderá por qué sentí una repentina alegría y sorpresa cuando, ojeando a primeros de febrero del 2013 una librería en Sevilla (afición a la que me entrego, casi como un adicto, según mi mujer, cuando se presenta la ocasión) encontré en una repleta estantería de libros el último tomo promovido por la Fundación que lleva su nombre y que tan eficazmente su discípulo y amigo Diego Gracia sigue dirigiendo. Me estoy refiriendo a la nueva edición, muy ampliada, de *El hombre y Dios*<sup>24</sup>, ahora de más de 600 páginas. ¡Imagínese mi reacción!: no pude resistir la tentación de comprarlo y empezar días después a cotejar cuáles son los textos nuevos que no conozco, que no están presentes en la primera edición. Me sumergí en ellos cuando pude disponer de alguna tarde libre, sin agobiantes compromisos académicos que tanto impiden gozar de lecturas complacientes.

Tras penetrar con ánimo un buen número de páginas del mencionado volumen, se me fue presentando en la mente el obsesivo proyecto –cumplido ya– de aprovechar el homenaje a nuestro común amigo para remitirle, señor Zubiri, una sincera carta con la que agradecer públicamente el inmenso esfuerzo intelectual desarrollado por usted durante intensas décadas de trabajo, según ha sido narrado en la apasionante biografía dedicada a su persona y circunstancias<sup>25</sup>. Innumerales lectores hemos podido saborear la potencia y finura conceptual de sus escritos en los que, con rigor poco común, nos ha ofrecido nuevas perspectivas en torno a Dios, las religiones y el Cristianismo, que tanto afectan a la realidad individual, social e histórica de la existencia humana. ¡Qué convincentes resultan las páginas que dedica a explicar la fe! Magnífica expresión de lo que yo mismo deseo vivir como creyente en Jesucristo, Logos de Dios, presencia histórica de la verdad total. He aquí un párrafo como muestra de lo que genuinamente constituye la experiencia cristiana. Permítame que lo reproduzca:

22 Xavier ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Madrid, Alianza, 1984, p. 116.

23 Xavier ZUBIRI, *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, Editora Nacional, 1978, p. 367.

24 Xavier ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Nueva edición, Madrid, Alianza, 2012.

25 Jordi COROMINAS y Joan Albert VICENS, *Xavier Zubiri. La soledad sonora*, Madrid, Taurus, 2006.

La entrega, según vimos, es un ir desde nosotros mismos hacia otra persona dándonos a ella. El hombre se entrega a Dios aceptando su Yo, su ser personal propio, en función de la realidad personal de Dios. Por tanto, la fe es primaria y radicalmente la entrega de mi persona a una realidad personal, a otra persona. Lo que en la fe hay de asentimiento a un testimonio no es sino un aspecto de algo más primario: de la entrega. La fe no es el asentimiento a un juicio por un testimonio, sino la entrega a una realidad personal. El acto de fe es un acto de entrega<sup>26</sup>.

Son más las situaciones particulares de mi encuentro con su obra que desearía haber narrado en esta misiva, en exceso extensa. Lamentándolo mucho, he de concluir ya, sin remedio. No debo sobrepasar el límite de palabras que los organizadores de este homenaje han sugerido/impuesto. Y qué mejor que transcribir, aun a riesgo de resultar un tanto pesado, a modo de conclusión, uno de sus más bellos párrafos, señor Zubiri, al menos así lo percibo yo, que tanto ha influido en mi trayectoria personal, en la vocación intelectual y cristiana a las que he buscado con perseverancia ser fiel. Gracias a la lectura de algunas de sus obras (y a personas sabias y buenas que he ido encontrando providencialmente durante mi particular historia), aquellas “voces” –filosófica y cristiana– que resonaban en mi interior más profundo durante mi primera juventud, han sido escuchadas y seguidas con tanta fidelidad como he sido capaz, hasta hoy que le escribo, superados ya mis cincuenta años. Con el siguiente fragmento comprenderán ahora los lectores de esta inesperada carta, a usted dirigida, el título que la encabeza, la pregunta que más ha gravitado en mi conciencia moral desde que fui entrando a mis veinte años en sus pulidas páginas, bajo la tenue luz de aquella pontifical biblioteca:

La realidad humana tiene una vida, y esta vida es constitutivamente inquieta porque la realidad en que se vive es enigmática. Por ello es por lo que la vida del hombre padece de inquietud. Esta inquietud se expresa en dos preguntas, elementales pero que ningún hombre ha podido negar. Ante todo, la pregunta de *¿qué va a ser de mí?* Y como esta realidad que yo soy no me es dada sino que la tengo que hacer, aquella pregunta cobra un sentido todavía más apremiante: *¿qué voy a hacer de mí?* Cada acción humana, por modesta que sea, envuelve esta interrogación y es una respuesta a ella<sup>27</sup>.

Sin más, con afecto y sincera gratitud, le saluda su asiduo y callado lector desde este contingente mundo y finita historia, en Salamanca, el domingo 31 de marzo de 2013, *Pascua de Resurrección*.

26 Xavier ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Nueva edición, Madrid, Alianza, 2012, p. 227 (en la primera edición el texto está al final de la página 211).

27 *Ibid.*, pp. 105 y 163 (en la primera edición estas preguntas están en la página 100).